



RC6 2321

EL SUR - Concepción, jueves 23 de febrero de 1995

p. 6.

Tribuna

Rafael Frontaura y sus anécdotas

1896-1966

Allá por el Veintitantos, Frontaura y un grupo de actores que cultivaban el humor, arrendaron el Teatro Imperio, en la santiaguina calle San Diego, para hacer una travesura que bien puede ser considerada como la primera experiencia "vanguardista" realizada en nuestros escenarios.

En una "Tribuna" anterior -"Cuando había teatro y no feria", publicada el jueves 9 de este mes-, recordé que Lucho Córdova había debutado como "cabeza de compañía", en esta ciudad y en 1934, junto a obvido Leguía y a Rafael Frontaura, cuya larga vida giró alrededor del teatro y del periodismo. En sus últimos años, todavía colaboraban en "La Nación" y, prácticamente, nunca dejó los escenarios.

Frontaura -cuya estatura señorial y anteojos doctorales, también deben recordar los antiguos penquista- estudió Derecho en la Universidad de Chile, pero abandonó la carrera cuando ya incluso había hecho su memoria. Pero, picado en forma definitiva por el "bichuto" del teatro, la regaló generosamente a un compañero de curso no tan aventajado como él.

Pasado el tiempo, tuvo que hacer una operación bancaria y llegó hasta el despacho del gerente de la institución que, precisamente, había sido compañero suyo en la Escuela de Leyes. Luego de saludarlo con toda cordialidad, le espetó éste, con suave tono de reconvencción: "Así es que tú, Rafael, definitivamente te botaste a actor". Frontaura, sin ninguna muestra de incomodidad, lo miró de arriba abajo y le replicó de igual manera: "Sí, pues, y mira lo que son las cosas. Tú, definitivamente, te botaste a gerente de banco". Luego de

este amable "cruce de espadas", el paternalista ejecutivo aprobó solícito su petición, y Frontaura salió de su oficina con una amplia sonrisa de satisfacción.

Corrían los años en que "el señor Lisandri", como el pueblo llamaba a don Arturo, gobernaba por primera vez en La Moneda, allí por el veintitantos, cuando Frontaura y un grupo de actores que cultivaban el humor, arrendaron el Teatro Imperio, en la santiaguina calle San Diego, para hacer una travesura que bien puede ser considerada como la primera experiencia "vanguardista" realizada en nuestros escenarios.

Por supuesto que la primera noche -con función "a tablero vuelto"- algo tenía que ocurrir para no defraudar al público que repletaba la sala. Y así fue como los espectadores se encontraron frente a un escenario abierto y, en medio de él, se hallaba un pescado colgando. La gente pensó en una broma o en un descuido, pero, de improviso, un niño gritó: "Papá, yo quiero ese pescado", y, aunque el aludido lo hizo callar, el niño siguió pidiendo a voz en cuello "su" pescado. Hasta que un espectador de galería, entre amostazado y compadecido, increpó al padre de la criatura: "Ya pues, señor, dele el gusto al niño. Páselo el pescado".

Un corpulento ciudadano se levantó entonces de su asiento, rojo como un tomate, subió al escenario, descolgó el

pescado y se lo pasó al pequeño. En seguida, y ante el asombro general, se corrieron las cortinas y alguien del grupo salió a anunciar que "había terminado el primer acto de la comedia". Huelga decir que tan "singular obra" no siguió representándose y que la sala estuvo cerrada "por reparaciones" varios días.

En esa misma época, se representaba en la capital la famosa bailarina española Tórtola Valencia, cuyas cualidades artísticas eran tan comentadas como sus excentricidades y que, a diario, repletaba el teatro La Comedia, donde actuaba.

Entre sus fieles admiradores se contaba el poeta Claudio de Alas, que sobresalía por sus gestos bizarras, su traje negro y un tongo ridículo sobre su cabeza motuda. El vate colombiano acababa de publicar su libro "Salmos de muerte y de pecado", muy celebrado por la crítica y espléndidamente acogido por los lectores.

En compañía de Frontaura, llegó Claudio de Alas a saludar a la artista a su camarín en un entreacto, y Tórtola le dijo: "Esperaré que me envíe su libro". El poeta, con aire de príncipe ofendido, le respondió afirmativamente: "Vale cinco pesos, señora". La bailarina lo compró y, al día siguiente, se lo entregó al autor para que se lo dedicara. El galante bardo no se hizo de rogar y se lo devolvió esa misma noche con un bello poema y un hermoso ramo de rosas, que -según cuenta Rafael Frontaura, en sus "Trasnochadas"- valía unos cien pesos de entonces. Toda una fortuna, por cierto.

Sergio Ramón Fuentealba

Rafael Frontaura y sus anécdotas [artículo] Sergio Ramón Fuentealba.

Libros y documentos

AUTORÍA

Fuentealba, Sergio Ramón

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Rafael Frontaura y sus anécdotas [artículo] Sergio Ramón Fuentealba.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile